

LA "AFICION". A Eugenio Noel. / "La Noche",
Madrid, 4 febrero 1912/

LA "AFICIÓN"

A Eugenio Noel

O. C. Tomoxi



LAS cartas de usted, mi joven y reciente amigo, me han edificado. Y me han edificado al ver el juvenil y noble ardimiento que tiene usted á una edad—la que tenía yo hace veintiún años—en que muchos fingen ya escepticismo senil si es que no le tienen, lo cual es peor. Me edifica, sí, verle tan encendido contra la plaga del flamenquismo y la torería en ese ambiente en que todo entusiasmo se apaga en cuquería y en que se acaba casi indefectiblemente en el «¿y á mi qué se me da?»

Hace veinte años arrancamos á revolver y agitar la conciencia de nuestro pueblo con tantos jóvenes; he visto á los más de ellos envejecer prematuramente en el camino de la vida. Y me voy quedando casi solo en mi extravagancia. ¡Espléndido aislamiento!

} X

Usted se propone combatir sin tregua ni merced esa plaga del torerismo y la flamenquería y todo lo mucho que á ella va unido. No sólo le aplaudo por ello, sino que, para tal fin, me pongo á sus órdenes.

¿Pero no cree usted, mi joven amigo, que hay en la *afición* algo trágico, algo solemnemente trágico, algo terrible que nos puede permitir penetrar hasta las más recónditas honduras del alma de nuestro pueblo? Voy á contarle un caso de intensísima tragedia.

A un pobre torerillo, de esos que por punible complicidad de las autoridades andan, durante los veranos, de pueblo en pueblo, á busca de capeas donde lucirse en el toreo y pedir luego limosna, le ocurrió el frecuente y terrible percance de que le cogiese, no un novillo, sino el tren, destrozándole ambas piernas. Mas antes de seguir con mi verídico relato, he de hacer una digresión sobre eso de pedir limosna.

Sí, lo que hacen esos torerillos no es ni más ni menos que pedir limosna, como la pide el ciego que toca la bandurria ó el manco que canta. Y la carrera de torero suele empezar por la de mendigo, y hasta cuando hacen fortuna siguen llevando al mendigo dentro. Lo capital es no trabajar ordenada y regu-



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

larmente; lo capital es pasar trabajos sin trabajo. Todo español lleva dentro un mendigo. Otros dicen que un fraile; pero es igual, porque lleva al fraile en cuanto mendigo que es por su esencia misma y sea ó no mendicante. ¿Pero es eso todo? ¿No hay algo más que el deseo de no trabajar? Vuelvo al relato.

Ese pobre torcillo á quien el tren le cogió las piernas, fué llevado al Hospital de Valladolid, donde tuvieron que amputarle ambas. Y hallándose en la convalecencia, un joven médico amigo mío y entonces alumno interno del Hospital, y que es quien me ha contado esta tragedia, encontró al pobre inválido sobre una tabla con ruedas, en una de las galerías del Hospital, pasando de muleta, con un pañuelo, á un sillecín! Y al verle, no pudo menos de decirle: «¿Pero qué haces?» A lo que el pobre muchacho inválido respondió: «¡Ya ve usted, la afición!»

¿No es esto terriblemente trágico, amigo Noël?

Y vuelvo á lo de antes: ¿es todo ganas de hacer fortuna sin casi trabajo, aunque con riesgo de la vida? No, no es eso todo, como no fué afán de lucro lo único, ni casi lo principal, que lanzó sobre América á nuestros conquistadores. No, no iban sólo á buscar el oro del Potosí ó del Eldorado; iban también tras de la gloria. El alma excelsa de nuestro señor Don Quijote irradiaba en el fondo del pícaro, del mendigo y del conquistador. Esto es innegable.

Cada cual busca la gloria como puede, y hay quien la busca ingloriosamente. Hay hasta gentes «ávidas de mala fama», según la frase de Tácito. Busca cada cual la gloria como puede, y hay hombres á quienes sus facultades no les permiten alcanzar otra que la del torero. Y entre éstos no faltan espíritus más finos que, una vez que lograron fortuna y fama de buenos matadores de toros, se desviven por distinguirse en actividades más elevadas y más nobles.

¿Y podemos culpar al pobre espíritu humano, ansioso de gloria, el que la busca aquí por esos senderos? No. Lo triste es que haya quienes den esa gloria, no que haya quienes la busquen. Lo triste



es que cualquier torero de cartel sea en nuestra España mucho más y mejor conocido, y conocido de muchísima más gente, que el más sólido hombre de ciencia, el más íntimo poeta, el más profundo artista, el más noble político ó el más abnegado filántropo. Le he oído decir á un joven amigo mío, médico inteligentísimo y á quien he aludido ya antes de ahora, que entre los enfermos que ingresan en la sala de dementes del Hospital General de Madrid, y á quienes se somete á interrogatorio, hay muchos que ignoran quiénes sean Maura ó Canalejas, pero ninguno que no sepa quién es el «Machaquito» ó Vicente Pastor. ¿No es esto vergonzoso?

¿Y qué hay en el fondo de esto? Lo que hay es algo más triste todavía, amigo Noel. Y es que, como al pueblo no se le da alimento espiritual adecuado á sus ansias, lo busca por esos lamentables derroteros. Los unos, los que se llaman á sí mismo tradicionalistas y nombres parecidos, le distraen así para que no se dé cuenta del estado de su alma y de lo que le falta en ella. Es la vieja divisa tradicionalista y reaccionaria de «¡pan y toros!»

¿Y los otros?

Los otros no le dan tampoco alimento adecuado á sus necesidades espirituales y á sus ansias. Ni le conocen.

Peró de esto, Noel amigo, otro día.

Miguel de UNAMUNO

3-96



[La Noche, Madrid
4. II. 1912]



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SALALES